

Jordi Cortès

ham
bú

Bering

En busca de América



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2012 Jordi Cortès
© 2012, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com

Ilustración de la cubierta: Pere Ginard

Diseño de la colección: Miquel Puig

Créditos fotográficos del cuaderno de documentación:
Album, Corbis-Cordon Press, Top-foto - Cordon Press

Primera edición: febrero de 2012
ISBN: 978-84-8343-177-1
Depósito legal: M-248-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. San Petersburgo, 1747	7
2. Los preparativos a Petropavlovsk (mayo de 1741)	14
3. De Kamchatka a la tierra de los aleutas (junio-julio de 1741)	26
4. El escorbuto (julio de 1741)	45
5. El sombrero aleuta	56
6. El fuego de Santelmo	66
7. Tempestades	76
8. La isla de Bering (noviembre de 1741)	87
9. Zorros del Ártico	99
10. El calabozo	115
11. Xenia de San Petersburgo	127
12. La vaca marina de Steller	137
13. Más allá de los delirios y los sueños	155

1. San Petersburgo, 1747

Corrían tiempos difíciles para el Imperio ruso. Aunque, de hecho, las revueltas ya hacía años que se habían apoderado de aquel imperio que aspiraba a ser el más extenso y poderoso de Europa y del mundo. En veinticuatro años los rusos habían visto desfilar hasta seis soberanos, y todos parecían rivalizar por ver quién cometía la mayor atrocidad: zares que hacían flagelar a primogénitos hasta llevarlos a la muerte, criadas que se convertían en zarinas, futuras esposas de zares tratando de quedar preñadas mientras el emperador agonizaba en su lecho afectado de viruela, conspiraciones, torturas, asesinatos... Lo último había sido el encarcelamiento de Iván VI, con solo 1 año de edad, por parte de Elisabeth Petrovna, la nueva zarina. De eso hacía ya seis años, y los ciudadanos de San Petersburgo empezaban a habituarse a las nuevas costumbres de la corte, del mismo modo que se habían habitua-



do al encarcelamiento arbitrario de todo aquel que fuera sospechoso de simpatizar con el niño zar, o a las torturas espeluznantes y a las ejecuciones sumarísimas.

Por eso, cuando en la taberna de la fortaleza de San Pedro y San Pablo el joven Laurentz Waxell recibió la visita de aquellos dos misteriosos personajes mientras tomaba su ración de vodka en compañía de otros soldados de la guarnición, temió lo peor. Él no se había posicionado tomando partido a favor de uno u otro, pero su padre, Sven Waxell, empezaba a tener un nombre entre los miembros del ejército, sobre todo tras la expedición que hizo con Bering en busca de la tierra americana. Bien podía ser que molestase a alguien y que ahora quisiera vengarse en la persona de su hijo.

—Son órdenes procedentes de lo más alto —le dijeron—. No os podéis negar, tenéis que acompañarnos.

No quisieron decirle adónde lo llevaban, ni hubo comentario alguno mientras cruzaban la ciudad, a la sazón dominada por un frío glacial como presagio de un invierno riguroso. Salieron de la taberna y cruzaron la gran explanada. En el centro, la catedral señalaba desafiante a la divinidad con su flecha. Siempre había llamado su atención aquella flecha. Acostumbrado a la horizontalidad de las tierras siberianas y a la línea del mar, le gustaba tener que alargar el cuello hacia arriba para poder captarla en toda su magnitud. La contempló con la intención de fijarla en su retina. Quizá tardara mucho en verla de nuevo. La prisión estaba allí mismo, pero tenía por seguro que en ninguna de



las celdas habría una ventana con vistas a la catedral. Podría darse por satisfecho si tuvieran siquiera una ventana. Había oído hablar de las condiciones durísimas en las que se sobrevivía en aquella cárcel.

Laurentz respiró aliviado cuando pasaron de largo frente a la prisión. No era aquel su destino. Salieron de la fortaleza, cruzaron puentes y canales, y pudieron ver muchos palacios y mansiones en construcción. En poco tiempo, de la nada y de unas ciénagas putrefactas, había surgido una ciudad que crecía con la intención de convertirse en la envidia de los monarcas europeos. Recordó también las críticas que algunos osados habían proferido contra el dispendio que aquella locura imperial suponía para los súbditos de los zares. Se rumoreaba, incluso, que el Estado se encontraba al borde de la quiebra por culpa de tanta ansia de grandeza. Alguno de esos críticos debía de yacer entre los muros de la prisión que habían dejado atrás hacía un rato.

El joven Laurentz estaba habituado al frío. Su estancia en Siberia, en las condiciones climáticas más extremas que se pueda imaginar, lo había curtido de sobra. Sin embargo, el frío húmedo de aquella noche de San Petersburgo se le estaba haciendo insoportable.

Por fin llegaron a su destino: un caserón de cuyo aspecto se deducía que sus inquilinos eran personas de un elevado nivel económico. No era demasiado suntuoso para la época, más bien dominaba la austeridad, pero no podía disimular su carácter aristocrático.



Uno de los acompañantes llamó a la puerta y, enseguida, les abrió una mujer. Llevaba una candela en la mano y, por su aspecto, Laurentz dedujo que se trataba de una criada.

–Esperad aquí –les dijo. Encendió otra candela para no dejarlos a oscuras y desapareció escaleras arriba.

No tardó en regresar, precedida por la sombra fantasmal que la vela proyectaba sobre los muros. La criada era joven y, en opinión del chico, de buen ver.

–Seguidme –dijo, dirigiéndose a Laurentz.

El muchacho escrutó a sus guías, buscando su consentimiento. Un gesto con la cabeza le indicó que podía obedecer a la chica y el joven Waxell puso un pie en el primer peldaño dispuesto a seguirla. La chica se detuvo a media escalera y, mirando hacia los dos hombres, dijo:

–El ama dice que podéis marcharos.

Esperó a que saliesen del edificio y continuó subiendo las escaleras. Laurentz la siguió. Llegaron a un largo corredor lleno de puertas. La chica se detuvo ante la última. Llamó.

–Adelante –dijo una voz femenina. Una voz grave, con un matiz ligeramente autoritario, capaz de recoger en una sola palabra años de tristeza y decepción. Correspondía a una mujer de avanzada edad, pero que aún no había entrado en la senectud.

–Podéis pasar –le susurró la criada.

Laurentz entró, algo receloso. No tenía ni idea de qué podían querer de él. Enseguida se tranquilizó: una dama



vestida de luto estaba sentada en una butaca en medio de la penumbra. La mujer apartó el velo que cubría su rostro y le indicó que tomase asiento frente a ella.

–Ponte cómodo, muchacho, esto puede ir para largo... Si tú quieres, desde luego.

A continuación se dirigió a la sirvienta:

–Irina, toma la capa y el sombrero de este joven, y déjalos en su habitación.

Maravillado por su propia falta de voluntad, Laurentz obedeció e hizo entrega de lo ordenado por la dama. Desde que habían ido a buscarlo a la taberna, actuaba sin iniciativa, sumiso como un corderito.

No pudo dejar de observar el rostro de Irina mientras le entregaba sus pertenencias. Tenía unos ojos muy hermosos y lucía una cautivadora sonrisa. En cuanto esta hubo desaparecido tras la puerta, la señora se dio a conocer:

–Lamento haberte hecho venir de esta forma, pero cuando me presente lo entenderás.

–¿Y quién sois?

–Anna Bering.

El misterio que hasta ese momento había mantenido al chico en vilo se transformó en sorpresa y admiración. Frente a él tenía a la esposa del que había sido el responsable de la experiencia más dramática de toda su vida: la expedición en busca de América. Su marido, Vitus Bering, fue el jefe de aquella expedición. Laurentz era un chiquillo de 12 años cuando lo conoció y estuvo bajo sus órdenes. Era el miembro más joven de la tripulación, aunque



no por ello el menos respetado. Su padre, Sven Waxell, también viajaba en aquel barco y era uno de los oficiales de más prestigio. Podría decirse que los oficiales Khitrovo y Hesselberg, Bering y su padre eran el cuarteto dirigente de la expedición que había de llevar a Rusia a la conquista de las tierras americanas. Los cuatro constituían el mando marítimo, el consejo de mar, como se les conocía. No era extraño, pues, que con un progenitor de semejante categoría, el pequeño Laurentz se moviera con tranquilidad entre aquella tripulación tan ruda, y que incluso fanfarroneara.

No guardaba un buen recuerdo de aquel viaje. Había visto morir a mucha gente, entre ellos, al propio Bering. Pero eso no había sido lo peor: había presenciado la agonía más terrible y las enfermedades más crueles e inimaginables. Se había tenido que alimentar con sustancias que solo la desesperación consigue que un ser humano se lleve a la boca. Había presenciado cómo los zorros del Ártico destrozaban los cadáveres de los marineros. Había tenido que matar leones marinos y vacas marinas con métodos atroces. Había superado las más violentas tempestades...

En unos instantes, desfilaron por la memoria del joven Laurentz un sinfín de imágenes desagradables que hacía años que intentaba desterrar de su mente. Ahora, cuando por fin empezaba a olvidarlas, aparecía esta mujer y se las hacía revivir de nuevo. Pero lo peor aún estaba por venir. Lo supo cuando conoció las intenciones de la venerable viuda:



–Quiero que me cuentes con todo detalle lo que ocurrió con mi difunto esposo. No confío en los informes que me han transmitido desde el Gobierno imperial. No me creo lo que contaron los oficiales supervivientes de aquella hecatombe, ni siquiera las palabras de tu padre. Quiero que me lo explique alguien que lo vivió en persona, y con la mirada limpia e inocente de los niños. Quiero que me lo cuentes tú.

Laurentz se sintió desarmado y obligado a acceder a la petición de aquella mujer: la viuda de un personaje al que admiraba con devoción y que poco a poco fue convirtiéndose en un ser vulnerable a quien la proximidad de la muerte iba degradando hasta los más bajos extremos.



2. Los preparativos a Petropavlovsk (mayo de 1741)

Hacía más de seis años que Laurentz se esforzaba en olvidar todo lo ocurrido durante aquella expedición. Se había propuesto concentrarse en su carrera militar y rogaba a Dios asiduamente que no lo enviasen nunca más a Siberia. Odiaba el frío siberiano –Laurentz creía que en Siberia se generaba todo el frío del mundo y que, desde allí, era esparcido a otros rincones de la Tierra por una fuerza misteriosa–. También odiaba los terrenos pantanosos donde anidaban mosquitos gigantes, los ríos tortuosos que había que cruzar continuamente, los bosques impenetrables y oscuros, y las inmensas planicies que parecían no tener fin. Pero había algo que todavía aborrecía más: la gente que acampaba por aquellos lares. No se trataba de los koriaks, ni de los chukchis, ni de los itelmenos, ni de los tunguses, ni de tantos otros indígenas que había conocido, no. Ellos no tenían la culpa de nada. Se trataba de la caterva



de personajes que, huyendo de Rusia, habían hallado en Siberia el modo de sobrevivir en un mundo donde la moral y las convicciones religiosas brillaban por su ausencia.

«Una especie harto curiosa, la especie humana», había concluido Laurentz después de lo que vivió en Siberia. Había visto a antiguos siervos de la gleba maltratar a los indígenas con métodos tan atroces que, en comparación, sus antiguos señores feudales pasarían por angelitos.

Estaban también los traficantes de pieles que, con el consentimiento de las autoridades de la región, habían adaptado las leyes a sus intereses, y se habían erigido en los auténticos dueños de aquellas tierras inhóspitas. La subespecie de los traficantes no se andaba con chiquitas. Estafaban al zar y no pagaban el impuesto de las pieles. ¡Cuántas martas, nutrias y zorros habían dejado el pellejo en manos de aquellos desalmados! Siberia era una tierra infestada de trampas con animales atrapados agonizando, esperando ser despedlejados, y ¡ay! del que intentara hacerse con un animal que no le perteneciera. Corría el riesgo de acabar desollado vivo.

De pronto recordó algunos de los rumores que corrían sobre la dama que tenía frente a él. Comentaban las malas lenguas que le gustaba presumir de los abrigos y complementos que se había confeccionado con las pieles de aquellas pobres bestias, obtenidas de forma poco honesta. Algunos la implicaban incluso en negocios fraudulentos. Añadían que disfrutaba haciendo alarde de su ropa y sus objetos, y aseguraban que se había hecho traer la cubertería de plata a Siberia desde San Petersburgo.



Durante años, Laurentz se la había imaginado como una vieja arpía antipática, y ahora que la tenía frente a él, se daba cuenta de que se había formado una imagen errónea de la mujer. Anna Bering era una señora de edad madura que aún estaba de buen ver. No le costó mucho imaginarla con pieles de marta y armiño alrededor de su cuello blanco y esbelto.

Por otra parte, si había algún grupo que superaba en maldad a los tramperos, a los traficantes y a los que esclavizaban a los indígenas, ese era el de los cosacos.

Más tarde, Laurentz aprendió que no todos los cosacos eran iguales, que entre ellos también había buenas personas, pero después de verlos actuar en Siberia, se formó una imagen tan espantosa de ellos que le costaba imaginar a un cosaco de buena fe.

Por aquellas fechas, el Gobierno del zar los estaba desplazando de sus tierras y los empujaba hacia Siberia, donde actuaban de forma despiadada, imponiendo su ley. Laurentz recordaba perfectamente el suplicio y la muerte a manos de los cosacos de un caudillo koriak que se había negado a obedecer las órdenes de los gobernantes de Kamchatka. Ante la presencia de todo el pueblo –mujeres y niños incluidos– lo habían flagelado con el terrible *nagaika* hasta que no pudo mantenerse en pie; luego lo arrastraron con los caballos por todo el poblado y, aún con un hálito de vida, lo descuartizaron. Nunca olvidaría que aquello se llevó a cabo ante la más absoluta indiferencia de Bering, que no hizo nada por evitarlo.



Los cosacos también eran crueles con los miembros de su grupo. Laurentz había presenciado cómo azotaban con el látigo a uno de ellos por haber robado una piel de marta cibelina. Lo más extraordinario del caso fue que, al terminar el suplicio, el torturado dio las gracias a sus verdugos.

¡Realmente, la especie humana era difícil de entender!

—Muchacho, ¿dónde tienes la cabeza? ¿Se te ha comido la lengua el gato? —Anna Bering lo sacó de su ensimismamiento.

—Disculpe, señora, tenía la cabeza en Siberia.

—Te entiendo, chico. Yo también he vivido el rigor de Siberia, y te aseguro que quien ha pasado por esa tierra dejada de la mano de Dios, bien puede decir que ha conocido el infierno. Pero olvídate de Siberia y cuéntame lo que ocurrió cuando Vitus llegó a Kamchatka.

El esfuerzo de concentración surtió efecto y, poco a poco, fueron apareciendo los recuerdos de forma ordenada, con todo lujo de detalles. Laurentz se vio transportado a la bahía de Avatcha, en el extremo sur de la península de Kamchatka. Una bahía opresiva, igual de inhóspita que el resto de Siberia. Las montañas que la rodeaban ocultaban el horizonte y el río que desembocaba en ella. En una de las riberas, el *San Pedro* y el *San Pablo*, las dos naves que habían de conducirlos a la aventura, esperaban el gran momento.

El día en que Laurentz llegó a Avatcha, era reciente todavía la insurrección de los koriaks. Por eso se había construido una especie de prisión provisional donde se hacían los indígenas. Por la noche, cuando el trajín de los



preparativos para el viaje se detenía, se oían sus lamentos, que resonaban por toda la bahía ante la indiferencia del personal que trabajaba para la expedición.

A partir de la nada, Bering había hecho construir un pequeño poblado con cabañas recubiertas de turba, a imitación de las que fabricaban los propios koriaks que a la sazón iban a masacrar. Lo bautizó con el nombre de Petropavlovsk, tras una ceremonia con pretensiones de solemnidad en la que se mezclaban ritos ortodoxos y protestantes.

—Bering es un hombre muy religioso —le dijo Waxell padre—. Un fanático de los forjadores de la cristiandad.

El ambiente en Petropavlovsk era, esencialmente, masculino. Marineros, soldados, carpinteros, herreros, artesanos e intérpretes para poder comunicarse con los supuestos indígenas que habrían de encontrar, poblaban los fangosos callejones del poblado. Absolutamente todos trabajaban para la expedición, excepto un puñado de muchachas koriaks —las únicas mujeres que había—, que vivían recluidas en una suerte de tugurio.

Laurentz no sabía por qué estaban allí. Se lo preguntó a su padre un par de veces, pero este siempre esquivaba la respuesta. Así que se quedó con la incógnita de la misión que tenían aquellas chicas. Algo sí tenía claro: debían de tener un papel agradable, pues de vez en cuando salían de la barraca marineros y soldados con aspecto de haberlo pasado en grande. No fue hasta el regreso, al empezar su carrera militar, cuando averiguó la finalidad de aquel local. En la actualidad ya había conocido unos cuantos lugares como aquel.



Antes de la partida definitiva, Laurentz vivió en Petropavlovsk dos de las semanas más aburridas de su existencia. Tan solo las largas y solitarias cabalgadas lograban distraerlo.

La llegada de Georg Wilhelm Steller rompió la monotonía de aquellos días. Aquel peculiar personaje se dedicaba a coleccionar plantas y a dibujar rocas y animales. Laurentz no entendía que pudiese haber alguien con estas aficiones, ni que esa fuese su profesión, y aún menos que lo hubiesen llamado a bordo por semejante motivo.

Pero no debía de ser el único que opinaba así. Su padre, el resto de los miembros de la expedición y el propio Bering desconfiaban de Steller. No habría querido estar en la piel del científico. Tan pronto se mofaban de él en su cara, lo ignoraban y lo despreciaban, como lo idolatraban cuando les curaba las extrañas enfermedades que contrajeron. Laurentz tampoco entendió nunca por qué Bering lo escogió para compartir su camarote, si tanta animadversión le profesaba.

Recordaba perfectamente que, en un ataque de ira, Bering echó por la borda todas las plantas de Steller; las mismas plantas que poco antes lo habían sanado de sus males. Nunca olvidaría a aquel hombretón desconsolado en un rincón del *San Pedro*, llorando a moco tendido, convencido de que nadie lo observaba. Y es que Laurentz –y ahora le avergonzaba confesarlo ante Anna Bering– se había convertido en el figón número uno de la expedición. Empezó a encontrarle el gusto a aquello del espionaje en



Petropavlovsk, para matar el aburrimiento. Desde entonces no perdió ocasión de aguzar el oído cuando no debía, o de esconderse en los rincones más inverosímiles para escuchar una conversación. Y lo cierto es que sus acciones le procuraron frutos muy jugosos.

Steller llegó a Petropavlovsk con mal pie. Apenas había bajado del trineo cuando presenció el suplicio y la muerte de uno de los caudillos de la rebelión koriak. Se las tuvo con Bering; fueron las primeras palabras que se cruzaron.

—¿Para esto me habéis llamado, para ver cómo asesináis a esta pobre gente?

Algunos de los incondicionales de Bering estuvieron a punto de llegar a las manos con él. Le dijeron de todo:

—¡No me extraña que tu mujer haya preferido quedarse en Moscú a acompañarte! —espetó una voz que nadie llegó a identificar.

—¡Seguro que ya ha encontrado quien la consuele! —apostilló otra voz aún más escondida que provocó una carajada general.

Al principio, Laurentz se dejó llevar por la tendencia general al rechazo y la burla hacia el científico, pero poco a poco fue sintiendo estima por su persona, sobre todo cuando supo que había adoptado a un niño itelmeno. Los itelmenos eran habitantes del interior de Kamchatka que habían sufrido toda suerte de abusos por parte de los cosacos.

—¡Si lo hubieses visto con aquella carita! —dijo Steller un día que estaban juntos en la proa del barco, separando muestras de las plantas que habían recogido tras desem-



barcar en una de las numerosas islas que iban encontrando en su viaje—. Iban a venderlo como esclavo después de que un cosaco matara a sus padres en su presencia. ¡No sabes a qué extremos puede llegar la maldad humana! Espero que cuando seas mayor, Laurentz, no seas como la mayoría de los hombres que nos acompañan en este barco. Debemos aprender de los valores de estos pueblos. Son hombres igual que nosotros.

—¿Qué pueden tener de bueno gentes tan atrasadas? —preguntó Laurentz.

—Deberías ver con qué delicadeza tratan a sus mujeres. Se desviven por ellas. Ya quisieran las mujeres europeas una consideración semejante. Y deberías oír su música. ¡Y las danzas! Belleza en estado primitivo.

Laurentz no daba crédito a sus oídos. ¡Si todos los científicos eran así, eran muy extraños! Como sabía que Steller era un hombre muy religioso, intentó hurgar por ese terreno.

—Suerte han tenido los itelmenos y los demás pueblos salvajes de que Dios haya querido protegerlos bajo la capa de nuestros venerables zares. ¡Como mínimo, dejarán de adorar falsos ídolos! Laurentz, sabes bien que no hallarás en todo el *San Pedro* a un hombre más piadoso que yo. Pero ¿sabes qué pienso?... ¡Que cuanto más alejados los tenga Dios de los rusos, tanto mejor!

«Un personaje curioso, este Steller», pensaba Laurentz.

Con el tiempo, Laurentz y Steller acabaron intimando. El chico logró que el científico compartiese con él aspec-



tos que no solía comentar con el resto de la tripulación. Supo, de este modo, que Steller tenía una absoluta devoción por su esposa, cuya ausencia lo estaba afectando profundamente. Se había hecho ilusiones de que ella lo acompañaría durante buena parte del trayecto hasta la remota Siberia, pero finalmente evitó cometer una imprudencia y decidió quedarse en Moscú al cuidado de su hija.

—¡No sabes las ganas que tengo de poder ver juntos al pequeño Alexei con su hermana! —Alexei era el nombre con el que había bautizado al pequeño itelmeno, al que había dejado en una localidad siberiana hasta que él regresara.

Llegados a este punto, Laurentz tuvo que hacer un alto en el relato. Algo había perturbado a Anna Bering. Una mueca de dolor se reflejaba en su rostro.

—¿Os encontráis bien, señora? —le preguntó Laurentz.

—No es nada, chico. Enseguida se me pasará...

Anna Bering le hizo una señal a Irina, que había permanecido sentada junto a ella todo el tiempo, embobada con el relato de Laurentz Waxell. En su opinión, este tenía la voz más dulce que jamás había oído, y juzgaba que se explicaba maravillosamente.

—Dale algo de comer a nuestro invitado; yo aprovecharé para descansar.

Laurentz sentía un nudo en el estómago y no tenía hambre en absoluto, pero no tuvo tiempo de protestar. De inmediato se encontró siguiendo a la chica hacia las dependencias del piso inferior.

